

EL IMPOSTOR

COOL JAZZ

A DECIR VERDAD, EL DOCTOR ESTRADA no lo esperaba. Se encontraba disfrutando de la siesta que se regalaba siempre que daba por terminado un nuevo libro; en este caso, había concluido una selección de cuentos de Lovecraft. Antes de quedarse dormido pensó que no importaba hasta dónde osara llegar la imaginación del hombre, la realidad siempre era más impresionante. Y más inmisericorde.

Cuando Báez llamó a la puerta, el sobresalto se le volvió agitación; tuvo que tomar el bat de beisbol y aproximarse con trabajos a la silla de ruedas. Sabía que debía tratarse de algún viajero, o algún arraigado; todos los demás se habían olvidado ya de la cortesía de llamar a las puertas. No obstante, tampoco era muy prudente contestar, así que esperó un rato más, asiendo firmemente el bat con las dos manos. La colcha que le cubría los pies se desenrolló al suelo y una gota de sudor cayó de su frente al armazón de los anteojos.

—Hey, doc... soy yo, Báez. ¿Puedo pasar?

El doctor acomodó el bat nuevamente detrás del sofá que utilizaba para dormir y se acabó de tranquilizar.

—¿Qué haces aquí, gerente? Es martes.

Llevó la silla de ruedas hasta la puerta y accionó un par de pestillos para poderla abrir. Los dos cedieron sin ningún trabajo y el doctor giró la perilla.

—Le traigo un regalito —dijo Báez, al tiempo en que entraba a la estancia, sin saludar siquiera.

—Me asustaste. Creí que era la mismísima muerte.

—No exagere.

Báez caminó hacia la sala y se arrellanó en un sillón. Se sacó la bolsa de refrescos y los tenis, vació algunos de sus bolsillos y depositó la pistola en la mesita de centro. El doctor lo miró desde la puerta, antes de cerrarla de nuevo. La apariencia de Báez le parecía el colmo del que se toma demasiado en serio su papel; tanta parafernalia lo convertía en un personaje.

—Qué inmundo calor está haciendo, ¿no?

—Sí, pero puede ser que llueva.

El doctor Estrada probablemente no tenía más de cuarenta años, pero Báez le guardaba respeto de gente grande porque tenía un doctorado en Princeton, una silla de ruedas, una calva y un par de anteojos bifocales. La propiedad con la que hablaba, su singular biblioteca, la barbilla de gnomo irlandés y hasta la música que escuchaba en su ruinoso radiograbadora le otorgaban ese aire de eminencia que era muy difícil de menospreciar. Pese a que había insistido, desde el día en que Báez lo rescató del hambre, que lo tutelara, éste se resistió, decidido a marcar para siempre esa línea divisoria, tan parecida a la del pupilo y el mentor.

—Comemos, ¿no, doc? —dijo Báez, mientras se descalzaba las ruedas.

—Claro —añadió éste, al tiempo en que empujaba su silla hacia la cocina.

—No faltaba más mi doc, yo preparo.

El doctor no discutió y regresó a la sala. Báez, una vez que se ajustó los tenis, entró en la cocina y revisó las alacenas. Todas las latas, frascos y botellas habían sido llevadas por él en alguna ocasión, por ello no dudó un instante en abusar del inventario: porque sabía que en pocos días tendría que reponer lo que tomara. Escogió un revoltillo de frijoles con salsa de tomate, champiñones y soya, y miró con envidia las cuatro bolsas de arroz que el doc conservaba todavía al fondo de la alacena “para alguna ocasión digna de ser celebrada”. Báez más de una vez le

había insistido que tal momento nunca llegaría y que le permitiera preparar el cereal, pero Estrada se había empeñado en no abrirlos sino para algún festejo o para su última cena. Era una esperanza de escarpela, pero esperanza al fin.

Se asomó al traspatio y constató que varias bolsas de heces se secaban al sol. Prefirió hacer el trabajo sucio antes de comenzar a “preparar” la comida.

—Voy a tirar la caca de una vez, doc —dijo, como si fuera a regar las plantas.

El doctor había tomado en sus manos la pistola de Gustavo y la estudiaba con detenimiento.

—Qué desagradable eres, gerente.

Salió al traspatio y recogió las bolsas de plástico. No había peste pero siempre era un trabajo que requería de cierta buena voluntad. Eran cinco bolsas, que tomó con las dos manos y se encaminó a la calle a través del pasillo.

—Ahorita vengo.

Salió nuevamente al inclemente charolazo del sol, que no se había arredrado por la presencia de las nubes y caminó hacia la refaccionaria de la esquina: el perenne excusado y basurero del doctor Estrada. Arrojó las bolsas sobre un inmenso montículo de repeticiones de ellas mismas y regresó sobre sus pasos. “Pensar que antes, con sólo jalarle a una palanquita...”

Entró a la casa. El doctor aún no soltaba el arma.

—¿Quiere una? Puedo traerle otra de la casa.

Comenzó a abrir las latas y el ambiente se llenó de un aroma que más parecía de hospital que de cocina.

—Ya sabes que yo no podría vivir con tu paranoia de todos los días. Me mataría mi propio miedo.

—Pues será lo que quiera pero una de esas le serviría más que su slugger de los Diablos Rojos.

La masa adquiriría consistencia. Los frijoles necesitarían sal.

—Tal vez, pero por algo se empieza. Y al final terminaría igual que tú, poniendo trampas por todos lados.

Resultó un batidillo que en nada parecía comida. Pero lo era. Báez caminó hacia el comedor y sirvió dos grandes

porciones en un par de platos de porcelana, herencia de la suegra del doctor. Se acercó a él por detrás y lo empujó al borde de la mesa. Era una relación extraña, pero el mundo se había vuelto de un modo que no les dejaba otra opción.

—La que todavía no te creo, gerente, es la de la grabadora bomba.

Báez se sentó y acercó cubiertos.

—¿Por qué?

—Porque me parece sublime de tan exagerada.

Apuró el primer bocado. Un diminuto picor en la garganta —que no provenía de la salsa— diferenciaba siempre la comida de “ahora” con la de “antes”. Era imposible no sentir que con cada bocado se acababa el pasado, pero algo de nutritivo tendrían estos potajes que el estómago no los rechazaba y mantenía vivos a los comensales.

—¿Sabe que oí que los topos de Balderas tienen leche?

—No me extraña. Esos desgraciados tienen todo lo que nosotros no.

Báez se levantó de la mesa para acercarse a los refrescos. Y de paso, el rélox de su botín.

—Mire —le dijo, mientras le alargaba el reloj.

Estrada lo tomó en sus manos y lo hizo brincar, como calculando su peso. Lo miró un rato y después abrió su refresco.

—Me alegra más esta mirinda que la bagatela ésa.

Báez sabía que, en el fondo, demandaba una explicación.

—Estaba revisando una casa aquí en Polanco y me lo encontré. Después de todo, usted perdió el suyo al regresar de Inglaterra. Pensé que le podría gustar. Es todo.

Ambos vaciaron la mitad de sus botellas de un solo trago.

—Además también le voy a dejar las tres mirindas que sobraron.

La mirada del doctor se hacía translúcida, como de niño. Efectivamente, había entablado una demanda contra la línea aérea que le desapareció el rélox de su equipaje,

diez años atrás. Y no le habría dado mayor importancia si no hubiese sido por el valor sentimental que tenía el reloj, regalo de su padrino de posgrado, un lord que le tomó verdadero cariño paterno desde que lo conoció en un solitario pub de Cambridge. El valor sentimental; el único que tenía algún sentido ahora.

—Gracias de todos modos, gerente. Aunque el mío era dorado completamente.

—No se puede tenerlo todo.

Estrada se imaginó que ahora los hombres coleccionaban cosas del mismo modo que las urracas europeas llevaban piedras brillantes a sus nidos en las chimeneas: sin otro propósito que el de atesorar; atesorar lo que fuera, como fuera. Sonrió visiblemente y Báez lo notó.

—¿De qué se ríe, doc?

—Nada. Recordé que Consuelo y yo tardamos ocho años en pagar esta casa. Para que en un sólo día pasara a ser del dominio público.

—Ni tanto. Tiene su bat.

—Claro. Tengo mi bat, mi título de propiedad.

Al término de la comida, Estrada invitó el postre: una pequeña lata de duraznos en almíbar y dos vasitos de jerez.

—Válgame, ¿qué estamos celebrando? —se burló Gustavo.

El doctor lo miró con gran simpatía por la parte superior de sus bifocales. En ocasiones parecía un duende de Santa Claus crecido.

—No estamos celebrando nada porque ninguno de los dos puede repetir porción.

El sol caía en la tarde, con el mismo sopor de maquinaria con que subiera en la mañana. La lluvia no cumplió el presagio que Báez había aventurado y la calma se instaló en todos los rincones de la ciudad. No era difícil imaginar a los millones de fantasmas que poblaban las calles, tumbados en sus hamacas de tierra, conversando trivialidades, aspirando el opio de la dicha universal.

Báez recogió los platos y les quitó los excesos con una servilleta; de este modo quedaban listos para ser utilizados otra vez. Salió al traspatio y subió las escaleras que se plegaban a un costado de la casa para llegar a la terraza. Comprobó que los recipientes para la lluvia estuvieran listos, en caso de que ésta cayera al día siguiente o a media noche. Bajó y prendió un cigarrillo antes de unirse al doctor, que ya se disponía a asesinar el día, sentado frente al ventanal, rumiando algún nuevo libro de ciencia.

Le acercó la grabadora y el vaso de jerez.

—¿Cómo es que Consuelo no enfermó de hepatitis, doc?

Pese a que ya iniciaba la lectura, el doctor admitió la solicitud de charla. Su nostalgia también se debatía a veces entre la compañía y los sonidos placenteros. Respondió con otra pregunta.

—¿Cómo es que María tampoco?

Báez lo miró largamente. El doctor sabía la respuesta; siempre hablaban más de María que de Consuelo.

—Usted sabe que María ya no vivía conmigo.

—Consuelo, igualmente, se fue a un retiro espiritual los tres días que caí enfermo. Uno de esos lugares donde te *curan* el alma. Ahí, irónicamente, le consiguieron la muerte del cuerpo.

Báez aprovechó un silencio para presionar una tecla en la grabadora. Una música de trompeta que parecía haber sido confeccionada para el momento, se esparció por la estancia. El doctor despertó de su cavilación.

—¿Ya conseguiste pilas?

—No, pero conseguiré, no se preocupe.

—Bueno, entonces sólo una canción. Igual que el jerez.

A la trompeta se le unió un piano, y a éste, contrabajo y batería.

—La única diferencia, gerente, es que Consuelo sí regresó. Recuerdo que se sintió culpable al saber que yo había caído enfermo mientras ella estaba tan lejos. Creo que fue a San Luis o a Durango, no lo recuerdo.

Terminó sus durazos.

—Me ayudó como pudo —continuó con una sonrisa a medias— pero tuvo la mala suerte de no contagiarse. No creas, gerente, de tu suerte a la mía, creo que prefiero la tuya. Creo que hubiera preferido no encontrar a Consuelo a encontrarla como la hallé. Un rictus espantoso. Y luego, el horrible tormento de enterrarla en el jardín. Me tardé cuatro días.

Todo esto Báez ya lo sabía. Pero para no hablar del presente, solían agotar el pasado.

—Tú ya la encontraste bastante descompuesta, ¿no?

—Ni tanto, doc. Por eso la reconocí. Fue como al tercer mes; pero ya ve lo mucho que tardaron en pudrirse los cadáveres —hizo una pausa—. No crea, tampoco fue fácil. Todavía la quería.

El sol decidió que era hora de iniciar el crepúsculo. Cálido y distendido como una caricia.

Terminó la trompeta, seguida por los demás instrumentos. Estrada sacó del apuro a Gustavo.

—Miles Davis. Qué negrazo, no hay duda.

Puso el dedo sobre la tecla del stop y la presionó con fuerza. Báez pensó en reclamarle, pensó en pedirle que dejara la melancolía prendida de las paredes, que le permitiera traer a María aunque fuese disfrazada de Cool jazz, pero no le salió una sola palabra.

—Descuida —lo rescató nuevamente el doctor— ésta no explota cuando se detiene.

Báez sonrió y terminó su jerez. El todavía la quería acechaba como un buitres sobre sus cabezas.